

PLURALIDAD Y UNIDAD EN LAS DEMOCRACIAS CONTEMPORÁNEAS: ALGUNAS METÁFORAS DE HANNAH ARENDT Y CHANTAL MOUFFE

Rebeca CANCLINI

Dpto. Humanidades, Universidad Nacional del Sur
rebeca.canclini@uns.edu.ar

RESUMEN:

Nuestro objetivo principal consiste en analizar la tensión entre pluralidad y unidad en los trabajos de Hannah Arendt y Chantal Mouffe. Partiremos del estudio de las distintas metáforas utilizadas por las pensadoras para construir sus propuestas teóricas. En primer lugar, realizaremos una aproximación a la crítica arendtiana al totalitarismo y a las democracias liberales. A partir de esto, indagaremos en el concepto arendtiano de espacio público a partir de la metáfora teatral. A continuación, presentaremos algunos aspectos de la crítica de Mouffe a las democracias liberales, particularmente en lo que respecta a su negación de la dimensión antagonica de lo político. Las imágenes de articulación y sutura permitirán recuperar una noción de unidad que no suponga identidad y una pluralidad distinta a la desintegración. Finalmente, mostraremos algunas consecuencias de las propuestas de Arendt y Mouffe en lo que respecta a las nociones de unidad y pluralidad.

PALABRAS CLAVE:

Pluralidad, unidad, Arendt/Mouffe.

ABSTRACT:

Our principal aim is to analyze the tension between plurality and unity in Hannah Arendt's and Chantal Mouffe's writings. We will study some metaphors used by both thinkers to build their theoretical proposals. First, we will approach to Arendt's critics of totalitarianism and liberal democracies in order to focus on her concept of public space from the point of view of theatrical metaphor. Next, we will present some aspects of Mouffe's critique of liberal democracies, parti-

cularly with regard to liberal denial of the antagonistic dimension of the political. The articulation and suture images will recover a notion of unity that does not suppose identity and of plurality other than disintegration. Finally, we will frame some aspects related to the tension between unity and plurality in Arendt's and Mouffe's thoughts.

KEY WORDS:

Plurality, unity, Arendt/Mouffe.

La teoría de la democracia contemporánea se ha visto enriquecida a partir de los trabajos de Hannah Arendt y Chantal Mouffe. En el caso de Arendt, es destacable que su aporte está dado por la revalorización del espacio público como un ámbito de aparición del agente mediante la acción y el discurso. Mouffe, por su parte, ha aportado las nociones de democracia radical y democracia agonística. En el marco de sus propuestas, ambas han problematizado la tensión entre la búsqueda de la unidad en el ámbito político y el peligro de la atomización individualista de las sociedades contemporáneas.

En las líneas que siguen nos proponemos indagar en las nociones de pluralidad y unidad que Arendt y Mouffe elaboran a partir de imágenes que utilizan para conceptualizar lo político. En este sentido, prestaremos atención a la metáfora teatral en Arendt y a las imágenes de articulación y sutura en Mouffe. Nuestro recorrido no pretende clausurar las problemáticas analizadas sino proporcionar una vía de acceso a las propuestas de ambas pensadoras que aún no ha sido suficientemente explorada.

HANNAH ARENDT: CRÍTICA A LA DEMOCRACIA Y AL TOTALITARISMO

El pensamiento político de Hannah Arendt fue marcado por el impacto que el nazismo tuvo en la vida de la pensadora. El desarrollo de su propuesta teórica sobre lo político, en particular, sus conceptos de espacio público, acción y juicio, por mencionar solamente algunos, parten del interrogante sobre la posibilidad de lo político en el mundo contemporáneo. El sistema de gobierno totalitario, según lo presenta Arendt, supone la negación total del espacio público, sin embargo, la pérdida de un ámbito de igualdad para la acción política se da también en los Estados modernos democráticos.

En *Origins of totalitarianism*¹, Arendt muestra *ex post facto* cómo se da la pérdida de la comunidad política a partir de la irrupción de lógicas capitalistas que, en el ámbito social, se traducen en procesos de atomización y aislamiento de los individuos. El deficiente establecimiento de lazos intersubjetivos característico de la modernidad tiene por correlato teórico la concepción de la fuente de unidad política como externa al propio colectivo. En este sentido, la irrupción del Estado-Nación moderno es vista como un intento de construcción de la unidad perdida de la comunidad política mediante el principio de homogeneidad nacional. A la pureza del ideal de unidad sin fisuras, siempre siguiendo la exposición arendtiana, se le opusieron los propios hechos y esto condujo a los Estados al intento de producir su propia base de legitimidad, la nación². Por otra parte, el crecimiento exponencial del aparato burocrático asociado a la experiencia imperialista habría acostumbrado a la población a adecuar la conducta a normas antes que a actuar espontáneamente mostrando el carácter único e irrepetible de cada ser humano.

El imperialismo y el racismo fueron elementos necesarios pero no suficientes en la constelación de eventos y tendencias que hicieron surgir al totalitarismo. Arendt muestra que hubo otra condición esencial: la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas establecidas. Esta pérdida fue ocasionada, principalmente, por los sectores burgueses que se apropiaron de las estructuras estatales y explotaron las instituciones públicas para sus propios intereses económicos privados o de clase. Los sectores burgueses, emancipados políticamente y con el poder del imperialismo de la última mitad del siglo XIX, se encontraron libres de manipular los instrumentos estatales y ganar más poder y riquezas³. Arendt critica a la sociedad burguesa en tanto comprende la política simplemente como la articulación y representación de intereses y, por eso, la considera esencialmente corrupta.

Las formas totalitarias de gobierno se basaron en la organización de las masas no integradas a ningún colectivo y, por esto, significó el fin de dos ilusiones. La primera era que el pueblo había tomado parte en el gobierno, o sea, que una democracia podía funcionar según normas reconocidas sólo por una minoría. La segunda ilusión sostenía que las masas indiferentes eran neutrales porque aprobaban tácitamente lo dado. Frente a los partidos tradicionales que habían perdido el asentimiento de las masas (que siempre fue tácito), los movimientos totalitarios lograron que éstas dejaran atrás su apatía y expresaran su descontento.

Por eso, los totalitarismos no solo se basan en la destrucción del espacio público sino también en el desarraigo propio de la población de la modernidad.

¹ H. Arendt 1979.

² J. Butler 2006, 65.

³ D. Vila 1996, 4.

La vida humana, sin embargo, sólo es humana en la medida en que brinda la posibilidad de convertirse en algo no natural mediante la acción. Pero la acción requiere de seres singulares y espontáneos que comparten un espacio común donde realizan su no naturaleza⁴. La dominación total borra los rasgos que hacen a los humanos únicos, irrepetibles e impredecibles, o sea, capaces de acción⁵. Por esto, el advenimiento del totalitarismo es el resultado de las formas de organización específicamente modernas y no de rasgos culturales particulares.

Es notable que la propia Arendt consideró que sus críticas al Estado moderno continuaban vigentes después de la *Segunda Guerra Mundial* porque todavía persisten formas de organización socio-económicas modernas con sus extensas porciones de población atomizada y desarraigada en nuevas situaciones de desposesión jurídica y material⁶ y, porque la burocracia como la última y más formidable forma de dominio constituye un gobierno que no está obligado a dar cuenta de sí mismo y dificulta la localización de la responsabilidad. La homogeneización y nivelación generada por la sociedad burguesa, la monopolización de la política por el Estado, su transformación en una empresa y la supervaloración de la vida íntima y cotidiana son obstáculos para la recuperación del sentido de lo político y un caldo de cultivo óptimo para los movimientos totalitarios.

METÁFORA TEATRAL

A lo largo de sus obras, Hannah Arendt construye el concepto de lo político a través de imágenes provenientes del ámbito de lo teatral. En su obra póstuma, *The life of the mind*, se presenta la noción de metáfora como semejanza de relaciones entre cosas desemejantes y se afirma que se trata de una operación que permite unir al pensamiento con una intuición procedente del mundo de las apariencias. En opinión de Arendt, la metáfora permite la construcción de conceptos que, eventualmente, se convierten en metáforas congeladas cuyo significado original puede ser desvelado en la medida en que el contexto en el que fueron acuñadas sea explicitado⁷.

Aunque las imágenes provenientes del mundo del teatro están presentes en todas las etapas del pensamiento arendtiano, la metáfora teatral fue desplegada en la década del '60. En *On Revolution*, Arendt afirma que el ámbito teatral es

⁴ J. Kristeva 2003, 158.

⁵ M. Canovan 2006, 27

⁶ Aunque en el marco de un mundo globalizado ya no pueden leerse solamente mediante las figuras del refugiado o el exiliado.

⁷ H. Arendt 1978, 98.

una fuente apropiada de imágenes para comprender lo político. A partir de la confrontación del punto de vista del historiador con el punto de vista de los propios revolucionarios, se afirma que:

It is quite characteristic that, of the two similes currently used for descriptions and interpretations of revolutions, the organic metaphor has become dear to the historians as well as to the theorists of revolution – Marx, indeed, was very fond of the «birth-pangs of revolutions»– while the men who enacted the Revolution preferred to draw their images from the language of the theatre⁸.

En *Human condition*, por otra parte, Arendt sostiene que la *mimesis* aristotélica en la tragedia tiene dos momentos: el arte del actor y la escritura de la obra. Y agrega:

(...) the drama comes fully to life only when it is enacted in the theatre (...) In terms of Greek tragedy, this would mean that the story's direct as well as its universal meaning is revealed by the *chorus* (...) This is also why the theatre is the political art *par excellence*; only there is the political sphere of human life transposed into art. By the same token, it is the only art whose sole subject is man in his relationship to others⁹.

En este tipo de comentarios, Arendt establece comparaciones entre el ámbito teatral y el político, pero todavía no intenta construir el concepto mismo de lo político a partir de estas imágenes. En cualquier caso, es notable que ya desde 1958 las referencias teatrales rescatan dos características de la acción política. En primer lugar, estas imágenes permiten acentuar la pluralidad propia del espacio público y, además, ejemplifican la afirmación arendtiana referida al papel del narrador. Para nuestra pensadora, la acción no está completa hasta que el narrador la integra a un relato (*story*) cargándola de sentido. Notemos, por otra parte, que en *Human Condition*, Arendt todavía no se refiere al espectador sino al narrador (*storyteller*) y prefiere el término agente (*agent*) al de actor.

La imagen de lo teatral supone que quien aparece en la escena pública ha preparado especialmente su apariencia para cumplir con su rol. Se trata, evidentemente, de un juego entre ser y apariencia que desarma el dualismo platónico en lo referido a la primacía del ser sobre la apariencia¹⁰. En el teatro, desde el punto de vista del espectador, ser y apariencia se identifican. El actor político, lo mismo que el teatral, está preocupado por la *doxa*, por la opinión del espectador porque depende del parecer del espectador y debe conducirse según sus

⁸ H. Arendt 1990, 106.

⁹ H. Arendt 1998, 187.

¹⁰ A. Yeatman 2011, 57.

expectativas. Este interés por la apariencia es, sin dudas, decisivo para el actor pero no para el espectador. Así, la aparición consciente y preparada en el espacio público es una dimensión inseparable del acto que se muestra a otros y se vincula con la performatividad de la acción. O sea, el entender al agente de la acción como actor permite comprender que este agente es un individuo distinto a través de su acto. Así, la acción está vinculada con la actividad de alguien considerado en su singularidad¹¹.

Las complejidades del concepto de espacio público arendtiano han sido formuladas durante seis décadas de críticas, por ello, resultan inabarcable en este trabajo. Aquí, nos interesa solamente recuperar la tensión entre la dimensión agonística y la dimensión asociativa del mismo¹². En la primera dimensión que se basa en *Human Condition*, el espacio público es entendido en términos de capacidad de aparición del agente. La dimensión asociativa, por su parte, supone un actuar concertado no institucional que es desarrollado principalmente en *On Revolution* y «Civil Disobedience». En cualquier caso, el tardío énfasis en los aspectos deliberativos de la acción pública supone una complejización del concepto de espacio público de la que se ha hecho eco la crítica¹³.

La insistencia de Arendt, claramente está focalizada en la comprensión del espacio público como un espacio de aparición. Sin embargo, esto no le impide analizar los aspectos consensuales del espacio público y vincularlos con la problemática de la construcción de instituciones. Así, sostiene que la creación de la ley es también una tarea política. Para ello, recupera la noción latina de *lex*, entendida como alianza, lo que le permite valorizar la construcción de consensos en el ámbito político como inescindible de los orígenes de la fundación política sin necesidad de apelar a fuerzas trascendentes. En opinión de Arendt, esto permitiría conectar el espacio de aparición de los disidentes con la creación de instituciones siempre sujetas a revisión¹⁴. A su vez, los escritos arendtianos muestran un distanciamiento de su primera concepción del espacio público casi exclusivamente centrado en el actor en el *agon*, en favor de una comprensión de lo público más compleja y dinámica cuyo eje está en la yuxtaposición de los roles del actor y del espectador.

Aunque existen numerosas dificultades para encontrar una línea de continuidad entre ambas dimensiones, el uso de las imágenes teatrales es consistente.

¹¹ J. Taminioux 2008, 85.

¹² S. Benhabib 2003.

¹³ Ver A. Sahuí 2002. En la línea crítica que evalúa como excesivo el acento arendtiano en el actor vinculado a una concepción agonística del espacio público encontramos a Tsao, 2002, Vila, 1996 y Benhabib, 2003.

¹⁴ H. Arendt 1972, 87.

El modelo teatral para conceptualizar lo político, entonces, nos enfrenta a un corrimiento: a la *performance* del actor en la escena debemos sumar la consideración por la comunicación con la audiencia o público. En otros términos, la cualidad reveladora de la acción se da en el espacio público, el *agon*, pero esto debe ser completado con la noción de un grupo de agentes que deliberan y ejercitan su capacidad de juicio. Así, la metáfora teatral permite recuperar tanto una dimensión agonística de espacio público como una dimensión asociativa vinculada a la capacidad de deliberación y juicio de los agentes.

PLURALIDAD Y UNIDAD

La pluralidad que caracteriza al espacio público arendtiano es entendida a partir de la prolongación de la metáfora teatral en el concepto de persona (legal)¹⁵. En el teatro de la antigüedad, la máscara tenía una doble función. Por un lado, ocultaba el rostro del actor y, al mismo tiempo, permitía que su voz ganara en resonancia con lo que mejoraba la audición por parte de los espectadores. O sea, la persona era la máscara, lo que aparecía ante los ojos del espectador. Trasladando esto al espacio político, tenemos que la correspondiente noción de persona legal funciona para ocultar y revelar al mismo tiempo. Por un lado, oculta lo no relevante cuando los actores se presentan en público. El poder igualador de la máscara abre el espacio para el juicio del espectador focalizado en la voz del actor que presenta un relato único e irrepetible. De esta manera, también crea las condiciones de posibilidad para visibilizar la unicidad e irrepetibilidad del agente. Así, la pluralidad está estrechamente vinculada con las historias únicas de los actores que no admiten ser subsumidas en categorías abstractas¹⁶.

En su artículo de 1961, «What is freedom?», Arendt analiza algunas características de las artes performativas (*performing arts*) entre las que se encuentra el teatro. Allí, sostiene que los actores (*acting men*) necesitan tanto un espacio público organizado para su aparición como de una audiencia ante la que mostrarse. O sea, nuevamente utiliza esta imagen para tematizar la dependencia del juicio del espectador y el concepto mismo de espacio público. Además, Arendt añade:

Such a space of appearances is not to be taken for granted wherever men live together in a community. The Greek polis once was precisely that «form of government» which provided men with a space of appearances where they could act, with a kind of theater where freedom could appear (...) ¹⁷.

¹⁵ H. Arendt 2003, 12.

¹⁶ L. Bilsky 2008, 17.

¹⁷ H. Arendt 1961, 154.

La metáfora teatral permite recuperar el valor de la mirada del espectador como sujeto capaz de narrar la acción, descubrir su sentido, emitir un juicio y deliberar¹⁸. Así, Arendt recuperaría una doble capacidad del agente político para la realización de acciones como quien actúa en una obra de teatro, o para observar los acontecimientos y emitir un juicio sobre ellos como la audiencia en el teatro. Dicho de otra manera, la metáfora teatral permite comprender los papeles de actor y del espectador como potencialmente intercambiables¹⁹.

Quizás el análisis de la metáfora teatral arroje luz sobre algunos comentarios que la autora realiza en el artículo «Civil Disobedience»²⁰. Recordemos que la desobediencia civil es una forma particular de protesta que parte de una asociación voluntaria en la que convergen individuos capaces de crear un espacio público, quebrar sistemáticamente alguna ley como mecanismo de visibilización del reclamo, y, eventualmente, ser fuente de nuevos ordenamientos jurídicos. El llamado de atención incluye a gobernantes tanto como a ciudadanos pasivos y no comprometidos con el reclamo. Así, en la desobediencia civil se presenta una marcada preocupación de los actores por la manera en que serán vistas sus acciones y, a la vez, una anticipación de la aprobación de los espectadores y potenciales cambios en la opinión pública. Koyama afirma que los desobedientes civiles realizan una comunicación anticipada con los espectadores invocando sus juicios posibles²¹. Dicho de otra manera, el modelo de espacio público que resulta de la metáfora teatral permite focalizar en el intento del actor político para atraer la atención del ciudadano no-activo cuyo juicio es considerado esencial para obtener el cambio deseado. El actor apela al espectador como autoridad externa para guiar su acción²².

La conceptualización del espacio público a partir de la metáfora teatral nos enfrenta a un corrimiento correlativo al analizado entre las dimensiones agonística y asociativa del espacio público. El nuevo foco de atención está centrado, esta vez, en la comunicación entre el actor político y el espectador. Este cambio de perspectiva conlleva el esfuerzo de conceptualizar al espectador en su rol potencialmente político y, así, alejarlo de la imagen del narrador. Efectivamente, el espectador de las últimas obras arendtianas es un ciudadano que delibera y juzga lo que aparece en la escena pública. A su vez, las imágenes del teatro permiten recuperar algunas características del espacio público tal como se presentó en los escritos de la década del '50. Por ejemplo, se recupera el tópico sobre la incompletitud de la acción, el carácter convencional de la igualdad política y la pluralidad. Por otra parte, esta metáfora permite mantener el rasgo de irrepetibilidad de

¹⁸ A. Mesa y R. Quiroz 2012, 47.

¹⁹ H. Brunkhorst 2006, 31-32.

²⁰ H. Arendt 1972, 49-102.

²¹ H. Koyama 2012, 74.

²² H. Koyama 2012, 77.

la acción política de la misma manera en que cada presentación teatral tiene su propia originalidad.

Resumiendo, la utilización de imágenes provenientes del mundo del teatro permite que Arendt postule las siguientes afirmaciones:

1. En el ámbito político, ser y apariencia se identifican. Esto significa que, desde el punto de vista político, carece de sentido la búsqueda de un ser que no aparece ni puede aparecer en el espacio público compartido por los seres humanos.
2. La pluralidad como característica fundamental del espacio público arendtiano está referida principalmente a la tensión entre la igualdad para aparecer y decir creada en y por el espacio público y la diferencia propia del hecho de que cada ser humano es único e irrepetible.
3. La unidad puede ser captada solamente por el *storyteller* o espectador quien es capaz de dotar de sentido a la trama de las acciones humanas. Ni siquiera en los escritos en los que se acentúa la dimensión asociativa del espacio público, Arendt analiza el tema de la unidad referido a la construcción de identidades colectivas o agendas de lucha comunes.

El tratamiento arendtiano de las nociones de pluralidad y unidad es inescindible de su crítica a las «democracias realmente existentes». En este sentido es importante recordar que Arendt emprende el proyecto de presentar la república como alternativa a las democracias de masas occidentales alejadas de sus bases y deformadas por el aparato burocrático estatal y de los partidos. Su recuperación de los ideales republicanos apunta principalmente a plantear la centralidad del espacio público en el que los actores aparecen ante los espectadores y no a mantener instituciones fosilizadas, vacías y vaciadas de sentido.

Como ya señalamos, Arendt insiste repetidamente en que el peligro de la crisis de la democracia está en su vínculo con el surgimiento del totalitarismo. Los contextos de marcada recesión y grandes masas de población atomizadas y carentes de hogar, son particularmente peligrosos y facilitadores de la irrupción de las dos formas totalitarias de gobierno durante el siglo XX²³. Sin embargo, la superfluidad de la vida humana característica del totalitarismo no desaparece con las organizaciones totalitarias sino que persiste en las democracias modernas. De hecho, la propia Arendt califica algunos períodos de las democracias liberales, por ejemplo, la del movimiento macartista, como protototalitarios. El éxito del totalitarismo reside en el hecho de que se presenta como una alternativa a las democracias liberales con las que realmente está vinculado teórica e históricamente²⁴. Su dinámica antiutilitaria, su disposición por denigrar el trabajo parlamentario y su total falta de hipocresía son aspectos particularmente valorados por las masas.

²³ M. Canovan 2006, 39.

²⁴ A. Kalyvas 2008, 271.

Considerando este horizonte, son entendibles los recaudos arendtianos por evitar cualquier tipo de unidad vinculada a la construcción de identidades colectivas tanto como su acento en la pluralidad de individuos en el espacio público. Las tensiones que recorren su obra y la llevan a considerar los aspectos asociativos del espacio público no logran, sin embargo, revertir este punto de partida de su pensamiento. Esto constituye, según nuestra evaluación, una de las mayores deficiencias de la propuesta política arendtiana. En su obra, sin embargo, existen referencias a momentos históricos en los que la acción política ha generado colectivos, pero Arendt se niega a construir teoría que permita conceptualizar este aspecto particular de la realidad política.

CHANTAL MOUFFE: CRÍTICA A LA DEMOCRACIA LIBERAL

La teoría de la democracia de Chantal Mouffe distingue entre la llamada democracia radical o proyecto político de una democracia radical y la democracia agonística o modelo agonista de democracia. Cada una de estas expresiones refiere a niveles de reflexión distintos entre sí. La democracia radical está vinculada con un proyecto político particular mientras que la democracia agonista tematiza la manera en que, según la autora, se debe dar el enfrentamiento de proyectos políticos alternativos en un marco democrático. Mouffe sostiene que la diferencia entre los proyectos alternativos consiste en la interpretación de los principios ético-políticos democráticos comunes en un modelo agonístico de democracia. Dicho de otra manera, la democracia radical es una alternativa dentro de la democracia agonística siendo ésta una condición necesaria, no suficiente, de la primera.

El enfoque agonista es considerado como fundamental para la propia democracia. Este enfoque surge directamente de la crítica al liberalismo como una prolongación de *Hegemonía y estrategia socialista* donde Mouffe acuñó, junto a Laclau, la expresión democracia radical. Así, el punto de partida de la teoría de la democracia de Mouffe está en la incuestionable hegemonía de las democracias liberales contemporáneas cuyo sentido común dificulta el surgimiento de formas políticas alternativas²⁵. En la llamada «segunda modernidad», los individuos liberados de los lazos comunitarios se encuentran en condiciones de cultivar diversos estilos de vida. Contra lo que se podría esperar, esta situación, lejos de conducir a una sociedad más armónica, promueve el surgimiento de identidades basadas en valores no negociables. Así, las democracias liberales se caracterizan por la ausencia de formas de identificación propiamente políticas. El modelo democrático liberal tiende a obstaculizar la constitución de identidades políticas distintivas

²⁵ C. Mouffe 2012, 23.

favoreciendo otros tipos de identidades colectivas en las que la identificación se da por lo religioso, lo nacionalista o lo étnico. Este tipo de fenómenos, entonces, son vinculados por Mouffe con la contracción de la confrontación democrática que es política²⁶. O sea, la proliferación de discursos moralistas en el espacio público, el aumento de distintos tipos de fundamentalismos y el creciente predominio del poder jurídico como mecanismo para resolver los conflictos son algunos de los síntomas de la pérdida de lo político²⁷.

La pregunta por una concepción de democracia que admita la lucha hegemónica condujo a Mouffe a la crítica de los dos modelos dominantes en la teoría de la democracia: el modelo de agregación que reduce la política a la negociación de intereses y el dialógico que se centra en el papel de la razón y de las consideraciones morales. Mouffe sostiene que ambos modelos pasan por alto la importancia de las identidades colectivas y el papel central que juegan los afectos en su constitución²⁸. Ambos modelos son criticados por tres motivos: su racionalismo que impide recuperar el antagonismo inescindible de lo político, su individualismo que ignora que la política supone el despliegue de identidades colectivas y, su incapacidad para reconocer la importancia de las pasiones por su rol en las identificaciones propias del ámbito público. Las democracias liberales se caracterizan por negar el carácter conflictivo del lazo político reduciendo el pluralismo a la confrontación de intereses que, según sus defensores, pueden ser regulados sin necesidad de una decisión política²⁹.

La conceptualización de formas de convivencia que den lugar a lo colectivo sin negar el carácter constitutivo del conflicto se realiza mediante la distinción entre la política y lo político. Para Mouffe, lo político o nivel ontológico es la dimensión de antagonismo inherente a las relaciones humanas. La política o nivel óntico refiere al conjunto de prácticas, discursos e instituciones que tratan de establecer un orden y organizan la convivencia en condiciones siempre conflictivas debido a la influencia de lo político³⁰. Así, la política se vincula con las prácticas políticas mientras que lo político refiere al modo en que se instituye la vida política. Esta distinción refleja la tensión entre la dimensión antagonica que se considera constitutiva y las prácticas e instituciones que buscan crear un determinado orden y organizan la coexistencia en el marco de la conflictividad.

En *Hegemonía y estrategia socialista*, en consonancia con el diagnóstico arendtiano, Mouffe y Laclau advertían contra la doble amenaza a la democracia por parte tanto de las tentativas totalitarias que pretenden restaurar la unidad a costa de

²⁶ C. Mouffe 2012, 126.

²⁷ C. Mouffe 2012, 127.

²⁸ C. Mouffe 2014, 25.

²⁹ C. Mouffe 2015, 76.

³⁰ C. Mouffe 2012, 114 y 2011, 15.

la pluralidad como del modelo liberal de democracia caracterizado por la ausencia de todo punto de referencia común³¹. En *El retorno de lo político*, Mouffe recupera esta distinción en términos de una doble tendencia hacia la homogeneización y la unidad o hacia las diferencias y la desintegración. La propuesta del modelo agonístico consiste en valorar esta tensión en lugar de intentar resolverla³².

Dado que el modelo imperante es liberal, la tarea principal, según la opinión de la autora, apunta a la construcción de un orden legitimador del conflicto. Así, como vía para elaborar la tensión entre lo político y la política, Mouffe propone el reemplazo de la consideración del otro como enemigo al otro como adversario. Se trata, por un lado, de reconocer que no hay conformación identitaria sin exclusión, pero a la vez, de canalizar las pasiones colectivas hacia objetivos democráticos. O sea, el modelo agonístico permitiría la construcción de formas de identificación suficientemente fuertes que no construyan al oponente como enemigo³³. De esta manera, la categoría de adversario permite complejizar la noción de antagonismo y distinguirlo del agonismo. El antagonismo es la lucha entre enemigos y el agonismo la lucha entre adversarios que siendo diferentes se otorgan mutuamente el derecho a la diferencia.

El modelo liberal imperante niega la dimensión de lo político que se construye a partir de identificaciones afectivas y reduce el objetivo de la democracia a la búsqueda del consenso. En consonancia con esto, el pluralismo liberal se entiende a partir de las limitaciones empíricas que impone un mundo en el que existen diversos valores y perspectivas que, eventualmente, podrían ser reunidos en un conjunto armonioso y no conflictivo. Así, el objetivo se focaliza en la obtención de un consenso universal basado en la razón. Es este supuesto el que obliga a negar lo político en su dimensión antagónica y constituye el «punto ciego del liberalismo»³⁴.

Para el liberalismo, entonces, el orden democrático supone una perfecta unanimidad sobre las disposiciones políticas. Su objetivo es alcanzar el consenso y esto supone que todo intento por cuestionar este tipo de ordenamiento sea descalificado por desestabilizador. El pluralismo propio de la democracia liberal sólo reside en la esfera privada y se restringe a cuestiones filosóficas, morales y religiosas. No se admite la posibilidad de conflictos irresolubles en el campo de los valores políticos³⁵. En contraposición, el modelo agonístico propuesto por Mouffe tiene por objetivo convertir el antagonismo en agonismo. Esto es, en opinión de Mouffe, lo que posibilita la existencia del pluralismo agonístico que es clave en el desarrollo de mayores niveles de democracia.

³¹ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 310.

³² C. Mouffe 2015, 204.

³³ C. Mouffe 2012, 115.

³⁴ C. Mouffe 2011, 36.

³⁵ C. Mouffe 2015, 201.

ARTICULACIÓN Y SUTURA

La conceptualización de la democracia radical como proyecto político socialista es realizada apelando a las nociones de articulación y de sutura que permiten dar cuenta de una construcción hegemónica no esencialista. El proyecto de democracia radical comprende, según Mouffe, a la praxis política en términos de construcción hegemónica mediante sistemas de equivalencias. Por esto, ninguna hegemonía puede ser entendida en términos esencialistas sino como una articulación contingente³⁶. La articulación se distingue de la mediación en tanto supone una organización contingente y externa que conduce los fragmentos a cierta clase de unidad³⁷. La práctica articularia es posible en el carácter incompleto y contingente de su lógica relacional³⁸. Así, toda articulación crea un colectivo que no elimina la pluralidad, las diferencias ni las diversas formas de individualidad. En este sentido, Mouffe y Laclau afirman que: «El concepto de hegemonía supone un campo teórico dominado por la categoría de articulación, que supone la posibilidad de especificar separadamente la identidad de los elementos articulados»³⁹. Desde este punto de vista, entienden la articulación como práctica que establece una relación entre elementos de tal manera que su identidad es modificada.

Es destacable que la noción de articulación tiene un origen metafórico rastreable que la vincula a la construcción de un orden manteniendo la diferencia de cada parte. Mouffe afirma que la representación de la sociedad como cuerpo orgánico propia de una forma holística de organización ya no es sostenible⁴⁰. Por esto, difícilmente la imagen de articulación tenga una fuente orgánica. Sin embargo, también se puede hablar de articulación de piezas en distintas manufacturas. En este sentido, la noción de articulación supone que las partes son y se mantienen diferentes pero incorporadas a una totalidad mayor.

La noción de sutura, por otra parte, es una transferencia del ámbito del psicoanálisis al ámbito político. Refiere a una función de pseudo-identificación que es, a la vez, una división y una unión. Las prácticas hegemónicas son suturantes: «en la medida en que su campo de acción está determinado por la apertura de lo social, por el carácter finalmente no-fijo de todo significativo»⁴¹. Toda sutura se inserta en una doble lógica, por un lado, una lógica de la diferencia que impide la construcción de un espacio plenamente suturado. Por otro lado, una lógica de la equivalencia que evita la disolución del carácter diferencial de las posiciones del

³⁶ C. Mouffe 2011, 25.

³⁷ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 107.

³⁸ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 188.

³⁹ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 129.

⁴⁰ C. Mouffe 2011, 36 y C. Mouffe 2015, 73.

⁴¹ E. Laclau y C. Mouffe, 2001, 81 (nota 1).

agente social⁴². Todo intento por establecer una «sutura definitiva» conduce al intento totalitario de instaurar un punto a partir del cual la sociedad pueda ser perfectamente dominada y cognoscible⁴³.

En *El retorno de lo político*, Mouffe afirma:

La verdadera característica de la democracia moderna es impedir esa fijación final del orden social y hacer imposible que un discurso establezca una sutura definitiva. En verdad, los diferentes discursos intentarán dominar el campo de la discursividad y crear puntos nodales mediante la práctica de la articulación, pero sólo pueden tener éxito en la fijación temporal de un significado⁴⁴.

La noción de sutura, al igual que la de articulación, se vincula con la construcción de un orden que mantenga la diferencia de las partes. En este caso, lo suturado se diferencia de lo inconsútil, o sea, de un tipo de unidad totalmente homogénea que ha sido el paradigma de la unidad política. Así, gran parte de la tradición occidental de pensamiento sobre lo político ha entendido la unidad política en comparación con el manto inconsútil de Jesucristo.

Sutura y articulación son nociones que permiten dar cuenta de la unión de partes diferentes y, a la vez, de la debilidad y carácter contingente de esa unión. Así, toda identidad es puramente relacional y se da por un proceso de articulación en el interior de una formación hegemónica y el momento de una «sutura final» nunca llega⁴⁵. De esta manera, la identidad no puede ser pensada exclusivamente en términos de diferencia ni de unidad. Por eso, las prácticas hegemónicas descansan sobre elementos disímiles que son capaces de ser articulados solo por momentos en identidades abiertas. Dicho más directamente, la unidad puede ser entendida por fuera de la identidad. Los intentos por producir una armonía perfecta solo pueden destruir a la democracia. Por este motivo, una democracia radical también necesariamente es plural.

PLURALISMO Y UNIDAD

Mouffe plantea que el pluralismo es un principio de la democracia liberal contemporánea que, al ser considerado desde una perspectiva antiesencialista, no es meramente un dato empírico sino un principio axiológico. Este cambio de perspectiva propio de la democracia agonística supone una valorización positiva

⁴² E. Laclau y C. Mouffe 2001, 221.

⁴³ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 309.

⁴⁴ C. Mouffe 2015, 80.

⁴⁵ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 152.

de las diferencias y revela como ficticio el objetivo de unanimidad y homogeneidad liberal. En concordancia con esta evaluación, se postula un pluralismo radical capaz de permitir que cada término encuentre en sí mismo el principio de su propia validez independientemente de cualquier fundamento positivo trascendente. Este pluralismo radical es democrático en la medida en que sus términos se autoconstituyen en desplazamientos del imaginario igualitario. De esta manera, el proyecto de democracia radical y plural coincide con la lucha por la máxima autonomización de las esferas sobre la base de una lógica equivalencial e igualitaria⁴⁶.

Lo que caracteriza a la democracia pluralista es la instauración de la distinción entre enemigo y adversario cuya existencia se considera legítima. Mouffe sostiene que en una democracia agonística y plural:

Se combatirán con vigor sus ideas [del adversario], pero jamás se cuestionará su derecho a defenderlas. Sin embargo, la categoría de «enemigo» no desaparece, pues sigue siendo pertinente en relación con quienes, al cuestionar las bases mismas del orden democrático, no pueden entrar en el círculo de los iguales⁴⁷.

El pluralismo, entonces, supone una visión política no sustancial y el abandono del ideal de bien común y *eudaimonía*⁴⁸. Así, la característica específica de la democracia pluralista no es la ausencia de dominación y violencia, sino el establecimiento de instituciones mediante las que la dominación y violencia puedan ser limitadas y combatidas. Las democracias agonísticas mantienen la distinción entre la ley y la justicia en tanto comprenden que ningún ordenamiento jurídico puede agotar totalmente la justicia. Con el fin de mantener efectivamente el carácter plural, el mecanismo de auto restricción supuesto en la creación de instituciones debe reconocer la violencia de cada ordenamiento y evitar tachar a la disidencia política de irracional. Dicho de otra manera, ante los antagonismos no debería crearse la ilusión de un diálogo libre de coerción que solo puede redundar en la descalificación del adversario. Así, la presentación de las instituciones liberales como el resultado de una racionalidad deliberativa pura favorece la exclusión de la posibilidad de desacuerdo razonable y las protege de las mayorías democráticas. Por esto, el correcto funcionamiento de una democracia exige aceptar el enfrentamiento entre distintas posiciones políticas democráticas como legítimo.

Según el análisis de Mouffe, cuando se niega el ámbito del disenso político, la confrontación democrática corre el riesgo de ser sustituida por otro tipo de con-

⁴⁶ E. Laclau y C. Mouffe 2001, 275.

⁴⁷ C. Mouffe 2015, 16.

⁴⁸ C. Mouffe 2015, 165.

frontaciones entre formas de identificación colectiva distintas. Un énfasis excesivo en el consenso y el rechazo de la confrontación conducen a la apatía y el alejamiento de la participación política. Incluso, pueden conducir a la cristalización de pasiones colectivas que no pueden ser gestionadas dentro de un sistema democrático. Por esto, es fundamental aceptar que cualquier consenso existe como resultado contingente de una hegemonía provisoria, como una estabilización del poder que siempre implica alguna forma de exclusión. Asumir que el poder puede basarse en la pura racionalidad es una ilusión capaz de poner en peligro a las propias instituciones democráticas⁴⁹ cuyo espacio constitutivo está en la propia brecha entre justicia y ley⁵⁰.

La constante tensión entre la tendencia a la desintegración y la tendencia a la homogeneización es, dijimos, propia de una democracia pluralista. Mouffe comprende esta tensión en términos de una lógica liberal de la libertad y una lógica democrática de la igualdad y afirma:

Es una tensión que deberíamos valorar y proteger, en lugar de intentar resolverla, porque es constitutiva de la democracia pluralista... Desde que se ha establecido la articulación entre liberalismo y democracia, una preocupación recurrente de los liberales ha sido la de cómo poner los derechos individuales fuera del alcance de la regla de la mayoría. A tal efecto, han procurado poner restricciones al proceso de decisión democrática...⁵¹.

El momento subversivo de la lógica democrática y el momento positivo de la institución de lo social pueden ser unidos de manera contingente como resultado de un proceso de articulación. Por esto, ningún proyecto hegemónico puede basarse exclusivamente en una lógica democrática sino que también debe incluir un conjunto de propuestas para organizar lo social. Si las demandas de un grupo se presentan solamente como negativas, sin estar ligadas a un proyecto viable de reconstrucción social, su capacidad de actuar hegemónicamente será nula⁵².

Resumiendo, la utilización de las imágenes de articulación y sutura permite a Mouffe postular su propuesta de una democracia radical y plural. Para ello afirma que:

1. Las identidades políticas deben ser entendidas por fuera de los supuestos esencialistas. Dichas identidades surgen a partir de la práctica de construcción hegemónica que articula y sutura lo que es distinto y se mantiene como distinto.

⁴⁹ C. Mouffe 2012, 117.

⁵⁰ C. Mouffe 2015, 198.

⁵¹ C. Mouffe 2015, 204.

⁵² E. Laclau y C. Mouffe 2001, 311.

2. El pluralismo es central a la democracia y supone la aceptación de la legitimidad del adversario para cuestionar el propio orden político. La tendencia a la desintegración no se niega sino que se trata de situarla en un equilibrio (siempre precario) de fuerzas.
3. La unidad que se desprende del proyecto democrático de Mouffe está referida a la construcción hegemónica que se da en la praxis. Sin olvidar que toda hegemonía es provisoria, la política disidente debe tender a construir propuestas hegemónicas viables. Dicho de otra manera, la unidad es producto de la praxis.

El tratamiento de las nociones de pluralidad y unidad por parte de Mouffe es inescindible de su crítica del modelo liberal de democracia y de su proyecto de democracia radical. Según vimos, es ilusorio suponer que la dimensión de lo político pueda ser eliminada, por esta razón, es preferible dar a los antagonismos una salida política dentro de un sistema agonístico plural. La teoría democrática debería enfrentar el reto del pluralismo en su dimensión política dando lugar a que los distintos proyectos democráticos construyan sus respectivas identidades políticas a partir de la confrontación con oponentes entendidos como adversarios.

CONSIDERACIONES FINALES

Las críticas de Arendt a «la democracia realmente existente» coincide con su evaluación del rol de los sectores burgueses en el manejo de los Estados nacionales, en particular con su concepción de la política como articulación y representación de intereses. Esta devaluación de la vida política proporciona, según su lectura, el caldo de cultivo para el surgimiento de formas totalitarias de gobierno capaces de organizar a las masas al proveer fuentes de identificación colectiva que reemplazan la capacidad de acción y discurso en el espacio público. Como vimos, Arendt consideró que este problema es propio de las formas de socialización modernas en las que se combinan la atomización y desposesión de las masas con una forma de dominio burocrático que prescribe las conductas y construye una sociedad homogénea en la que los Estados monopolizan la política.

Por su parte, Mouffe toma como punto de partida la hegemonía de las democracias liberales que niegan la dimensión conflictiva de lo político. La forma liberal de organización es criticada por su reducción a prácticas políticas tendientes a crear y mantener un determinado orden relegando el pluralismo a ámbitos no políticos. También Mouffe comprende que los peligros de las formas democráticas liberales consisten tanto en su tendencia a la homogeneización propia de las formas totalitarias de gobierno como en su tendencia contraria a la desintegración en el individualismo. Hemos mostrado que su propuesta del modelo democrático agonístico asume esta doble tendencia sin intentar eliminarla.

Es notable que, a pesar de las notables coincidencias en el diagnóstico, Arendt se concentra en la tendencia a la homogeneización que anula la pluralidad humana y la propia posibilidad de acción política. Consideramos que esto es adecuado a la hora de criticar las formas totalitarias de gobierno, pero es insuficiente si se asume una posición individualista que reduce a los seres humanos a átomos y les priva de la potencia para actuar en conjunto. Es cierto que Arendt menciona repetidamente que la acción se da concertadamente, sin embargo, su propuesta teórica no indaga en las formas particulares en las que eventualmente se pueda dar esta acción concertada. Considerando esto, creemos que el análisis de Mouffe es más adecuado en la coyuntura actual.

En lo referente al uso de imágenes para la construcción teórica, Arendt recupera la metáfora teatral para construir su concepto de espacio público. El recurso al ámbito teatral le permite destacar la pluralidad en el espacio público, entender al agente como actor individual que se constituye a través de la acción y otorgar un lugar político al espectador. En este sentido, la acción política se vincula con la actividad individual pero solo puede ser completada en condiciones de pluralidad. La imagen del actor en escena que se manifiesta a través de su acción y discurso da cuenta de la tensión entre la dimensión agonística y asociativa en el propio concepto de espacio público. La complejidad inherente a este desarrollo teórico no es explícitamente desarrollada por Arendt desde el punto de vista de la praxis del actor sino desde la capacidad de juicio del espectador. Es destacable que la noción de *lex* permite valorar positivamente la construcción de consensos en el ámbito político sin apelar a fuentes trascendentes y sin negar su carácter contingente. Así, la imagen de lo teatral permite a Arendt algunos comentarios que vinculan la acción concertada en el espacio público con la consideración por la comunicación con el público.

Por otra parte, el uso de las imágenes de articulación y sutura por parte de Mouffe, se inscribe en su proyecto político de democracia radical. O sea, articulación y sutura asumen el punto de vista del agente que actúa en el espacio público y se enfrenta al desafío de construir un colectivo. Así, la imagen de la articulación da cuenta de la posibilidad de construir una totalidad en la que las piezas mantengan su diferencia. La sutura, por su parte, se vincula a la construcción de un orden no homogéneo ni jerarquizado. De esto se deduce que ambas imágenes permiten dar cuenta de un tipo de unidad que no elimina la diferencia de sus partes y, a la vez, acentúa el carácter contingente de la unión construida.

De esta manera, el análisis del uso de imágenes por parte de Arendt y Mouffe debe distinguir entre el nivel de conceptualización del espacio público agonístico y el nivel de la elaboración de un proyecto democrático no liberal. En el caso del agonismo arendtiano, Mouffe destaca su énfasis en la pluralidad a la vez que critica la ausencia de antagonismo en su propuesta⁵³. Siguiendo la lectura de Mouffe,

⁵³ C. Mouffe 2014, 28.

el pluralismo arendtiano se inscribe en el horizonte de un acuerdo intersubjetivo aunque su noción de consenso se refiere al intercambio de voces y opiniones y no a un discurso racional que produce verdad. Coincidimos con Mouffe en cuanto a la carencia arendtiana en lo referido a la necesidad práctica de construcción de colectivos que se desprende de su celebración de la política del disturbio⁵⁴. O sea, entendemos que existe una carencia para reconocer la naturaleza hegemónica de toda forma consensual. Sin embargo, no coincidimos en la crítica a la ausencia del antagonismo en el ámbito público que Mouffe atribuye a Arendt.

Finalmente, en lo referido a la concepción del pluralismo y la unidad en cada una de las propuestas analizadas, es destacable que Arendt vincula la pluralidad con las historias únicas de los agentes políticos que no admiten ser subsumidas en categorías abstractas. O sea, se trata de una pluralidad referida a la aparición en el espacio público del individuo único e irrepetible. La construcción de la unidad, por su parte, solo es posible para el espectador quien es capaz de dotar de sentido a la trama de las relaciones humanas.

Mouffe, por su parte, se aproxima a las nociones de pluralismo y unidad a partir de la postulación de una tensión irreductible entre lo político y la política. El pluralismo radical es democrático en la medida en que posibilite la aceptación del oponente como adversario y no como enemigo. La tendencia a la desintegración debe ser aceptada por la democracia agonística en constante tensión con la tendencia a la homogeneización. La unidad, como vimos, es siempre producto de la praxis política que une lo distinto de manera contingente como resultado de procesos de articulación hegemónico.

Del análisis del tratamiento del pluralismo y la unidad en las sociedades contemporáneas por parte de Arendt y Mouffe, se evidencia la carencia de una noción de hegemonía que permita, en el caso de Arendt, dar cuenta de la praxis política de forma más adecuada. Nuevamente, coincidimos con Mouffe en cuanto a que la teoría democrática debería enfrentar el reto del pluralismo en su dimensión política dando lugar a que los distintos proyectos democráticos construyan sus respectivas identidades políticas a partir de la confrontación con oponentes entendidos como adversarios. En cuanto a la posición arendtiana, es posible que su negativa a conceptualizar la construcción de identidades colectivas políticas no se restrinja solamente a aspectos coyunturales. Parte del problema puede ser producto de una poco feliz identificación entre racionalidad instrumental y todo proyecto político. Sin embargo, este es un tema que excede los objetivos de la presente indagación.

⁵⁴ C. Mouffe 2014, 31.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARENDR, H. [1951] (1979). *The origins of totalitarianism*. New York: A Harvest Book.
- [1954] (1961). *Between past and future. Six exercises in political thought*. New York: The Viking Press.
- [1958] (1998). *Human condition*. Chicago: The University of Chicago Press.
- [1963] (1990). *On revolution*, London: Penguin Books.
- (1972). *Crises of the Republic*. San Diego: Harcourt.
- (1978). *The life of the mind*. New York: A Harvest Book.
- (1982). *Lectures on Kant's Political Philosophy*. Chicago: University of Chicago Press.
- BENHABIB, S. (2003). *The reluctant modernism of Hannah Arendt*. New York: Rowman & Littlefield.
- BILSKY, L. (2008). «Citizenship as Mask: Between the Imposter and the Refugee». *Constellations*. Vol. 15, No 1: 72-97.
- BIRULÉS, F. (2007) *Una herencia sin testamento*. Barcelona, Herder.
- BRUNKHORST, H. (2006). *El legado filosófica de Hannah Arendt*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- BUTLER, J. (2006). *¿Quién le canta al Estado-Nación? Lenguaje, política, pertenencia*. Barcelona: Paidós.
- CANOVAN, M. (2006). «Arendt s theory of totalitarianism: a reassessment». Vila, D. (compilador). *The Cambridge companion to Hannah Arendt*. Cambridge, Cambridge University Press: 25-43.
- DUARTE, A. (2007). «Hannah Arendt y la política radical: más allá de las democracias realmente existentes». *En-Claves del pensamiento*. Vol. I, Núm. 1: 143-154.
- KALYVAS, A. (2008). *Democracy and the politics of the extraordinary*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2005). «Popular Sovereignty, Democracy, and the Constituent Power». *Constellations* Vol. 12, No 2: 223-244.
- KOYAMA, H. (2012). «Freedom and Power in the Thought of Hannah Arendt Civil Disobedience and the Politics of Theatre». *Theoria*, December: 70-81.
- KRISTEVA, J. (2003). *El genio femenino*. Tomo 1. Hannah Arendt. Buenos Aires: Paidós.
- LACLAU, E. y MOUFFE, C. (2001). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- MARKELL, P. (2006). «The Rule of the People: Arendt, Archê, and Democracy». *American Political Science Review*. Vol. 100(1): 1-14.
- MESA, A. y QUIROZ, R. (2012). «Cohesión social y espacio de aparición: el papel de los espectadores en el concepto de ciudadanía de Hannah Arendt». *Estudios Políticos*. Vol. 40: 38-52.
- MOUFFE, C. (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- (2012). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona: Gedisa.
- (2014). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- (2015). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.

- PERELMAN y OBRECHTS-TYTECA (1994). *Tratado de la argumentación: nueva retórica*. Madrid: Gredos.
- SAHUÍ, A. (2002). *Razón y espacio público. Arendt, Habermas y Rawls*. México: Ediciones Coyoacán.
- SÁNCHEZ, M. (2003). *Hannah Arendt. El espacio de la política*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- SCHMITT, C. (1987). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.
- TAMINIAUX, JA. (2008). *The thracian maid and the professional thinker: Arendt and Heidegger*. New York: Suny Press.
- TASSIN, E. y GÉRARD, V. (2008). «La acción política». *Cuadernos filosóficos*, Segunda época, nro V: 141-158.
- TSAO, R. (2002). «Arendt against Athens: Rereading *The Human Condition*». *Political Theory*. Vol. 30(1): 97-123.
- VILA, D. R. (1996). *Arendt and Heidegger: The Fate of the Political*. Princeton: Princeton University Press.
- YEATMAN, A. (2011). *Action and appearance: ethics and the politics of writing in Hannah Arendt*. New York: Continuum.